

Mari Yan

UNA NOCHE EN MONTMARTRE

(RECUERDOS DE VIAJE)

(París de 1926)

POR callejuelas tortuosas que ascendían en espiral, llegamos hasta lo alto de Montmartre. Arriba nos detuvimos un momento a contemplar el cuadro que dejábamos atrás. Era una noche clara, luminosa, plagada de estrellas. Había en la atmósfera, una extraña inmovilidad, una transparencia radiante que aquietaba el espíritu y despertaba el anhelo de embriagarse de espacio, de luna y de infinito.

A nuestros pies, la Ciudad Luz, deslumbradora, triunfante, nueva Grecia que guarda en sus entrañas la esencia del genio y la belleza, extendía sus tentáculos monstruosos en una apoteosis de hoguera.

Con esfuerzo apartamos nuestros ojos del cuadro soberbio, para sumirlos en la penumbra hermética del «Lapin Agile», viejo cabaret artístico de un género ya escaso en el París invadido por los jazz. Pequeño cenáculo muy francés que celebra cada noche la fiesta del ingenio y de la chispa, el Lapin Agile rebalsaba de gente: artistas melencólicos, estudiantes modestos, graciosas mujercitas escapadas de algún libro de Murger. El dueño del recinto, típico y majes-

tuoso viejo de larga barba blanca, encarnaba en su persona todo el romanticismo del siglo XIX.

Nos acomodamos con estrechez en una mesa, y sorbimos lentamente un guindado, mientras escuchábamos complacidos viejas canciones francesas como «Le Temps des Cerises» o picarescos versos de actualidad que traían a escena figuras ilustres de políticos, escritores y actrices famosas. Más tarde, una mujer de crespada cabellera negra, labios sensuales y ojos agrandados por el kohl, cantó con picardía acompañada de un acordeón y un piano, unas estrofas que ironizaban a Citröen: «C'est jaune, mais ça ne sert pas...»

A la salida, después de media noche, nos encontramos con el caricaturista Oscar Fabres, que subía con otros artistas entre los que creí reconocer al escritor Eugène Marzan. Al ver a nuestro grupo, Fabres se acercó a saludarnos. Estaba radiante y desplegaba con orgullo las páginas de un diario de la tarde, el «Paris-Soir» en cuyas columnas aparecía un artículo que hacía su elogio: «Fabres, el caricaturista ingenioso, el artista bien parisiense», etc.,

Frenético de alegría exclamaba mostrando el artículo:—«¡Cómo no va a valer más esto que ser diputado en mi país!».

—El artículo bien vale una copa de champagne, insinuó alguien.

Y bajamos hasta el Grand Ecart, la boîte de nuit más elegante de París por aquel entonces.

Toilettes espléndidas, bustos deslumbrantes de pederías, muestrario de carne joven y de carne vieja, en el escenario aturdidor del más lujoso cabaret de Montmartre. París, lo que los diarios llaman tout-Paris, estaba allí, y la atmósfera pesaba impregnada de olores y deseos. André de Fouquieres, el árbitro de la moda, entró impecable en su frac, luciendo su monóculo y su bigote recortado. Más allá estaban dos reinas del mundo cosmopolita junto a la mesa en

que Huguette Duflos, la rubia actriz de la Comedia Francesa, lucía su belleza de mujer del Ticiano. Y en medio de ellos, a profusión, acartonados ingleses, americanos bulliciosos, pálidos y engominados argentinos....

Era la gran época del oro. Todo Montmartre se estremecía y entonaba un himno al placer y a la frivolidad. Cada dos o tres metros las luminarias insultantes de algún cabaret, atraían al tumulto de extranjeros que como mariposas de luz, volaba a quemar su vida en aquel frenesí. Champagne, más champagne, mientras los jazz atronaban las salas y los tangos cantados llenaban la atmósfera de languideces desesperadas. Champagne, más champagne, para olvidar quien sabe qué tedios y dolores...

En medio del brouhaha de las conversaciones y del aturdidor ruido de las orquestas, me llegaba la voz de Fabres que decía:

—Yo estoy excomulgado en Chile por mis parientes millonarios que no me perdonan que en vez de convertirme en un señor panzudo, grave y doctoral, haya elegido la bohemia y la miseria en Montparnasse...

La charla en nuestra mesa se hacía cada vez más animada: repiqueteos de ingenio en que brillaba la aguda sátira del humorista paradójal que es Fabres junto a la compleja sutileza de Ernesto Torrealba y a la cultura de su joven esposa, Nené Moreira Díaz, flor tropical nacida en las cálidas zonas del Brasil y transplantada al ambiente vibrante y demasiado «civilizado» de París. Casada por amor, seguía deslumbrada y extática al artista que era su marido en sus eternas búsquedas de arte y de belleza. Había en Torrealba, la alada inquietud de un alma atormentada junto al sibaritismo espiritual algo pagano de un latino de los viejos tiempos. Pero no tenía suerte. Destino eternamente solitario, estaba en lucha perpetua con la vida, la incomprensión, los ataques de un mun-

do taimadamente hostil. Cultísimo, bello y talentoso, parecía, sin embargo, haber sembrado a sus pies una semilla fatal que daba a cada paso frutos amargos. Y la sombra de una Némesis se cernía implacable sobre su joven cabeza de escritor.

—Estamos en la hora culminante de la vida de la civilización, decía aquella noche en el cabaret. París ha llegado a la cúspide; mañana será ya la decadencia... Es fatal, irremediable. Como en Grecia. No desperdiciemos este momento de plenitud: tenemos la copa de los refinamientos y de la felicidad. ¡Bebamos!

—¡A la vida!—exclamó alguien.

La vida... Parecía extenderse indefinida y magnífica delante de nosotros. Pero la muerte acechaba. Luego, muy luego, dos de los que allí se encontraban aquella noche, partieron al gran desconocido: Torrealba primero, a los treinta años, en la plenitud de su talento de escritor; y en seguida, Teresa Sanfuentes, llena de halagos y belleza, alma refinada y elegante de mujer de mundo que salía a flor de piel en la enigmática sonrisa de su fina sonrisa luminosa.

(Capítulo para un libro en preparación: «Recuerdos de viaje».)